REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIX — San José, Costa Rica — **1934** — Sábado 7 de Julio — Núm. 1

Año XVI. No. 689

SUMARIO

El centenario de Darwin en Chile

Por CARLOS YAÑEZ BRAVO

= Del excelente mensuario *Atenea*. Concepción, Chile.—Abril de 1934. =

El 27 de diciembre de 1831 zarpó de Devonport el "bric" de la marina inglesa "Beagle", que iniciaba un viaje de estudio alrededor del mundo con el objeto de completar las observaciones geográficas que comenzó el capitán King de 1826 a 1830, en la Patagonia, Tierra del Fuego y Cabo de Hornos; para levantar los planos de las costas de Chile, del Perú y de algunas islas del Pacífico; y para hacer una serie de observaciones cronométricas de todo el mundo.

Gracias a la iniciativa del capitán Fitz-Roy, que deseaba llevar un naturalista en su expedición, el joven investigador Carlos Roberto Darwin, de 22 años de edad, se agregó al grupo de expedicionarios que durante cinco años estuvieron en todas las latitudes de la tierra, tratando de arrancarle sus secretos a la naturaleza.

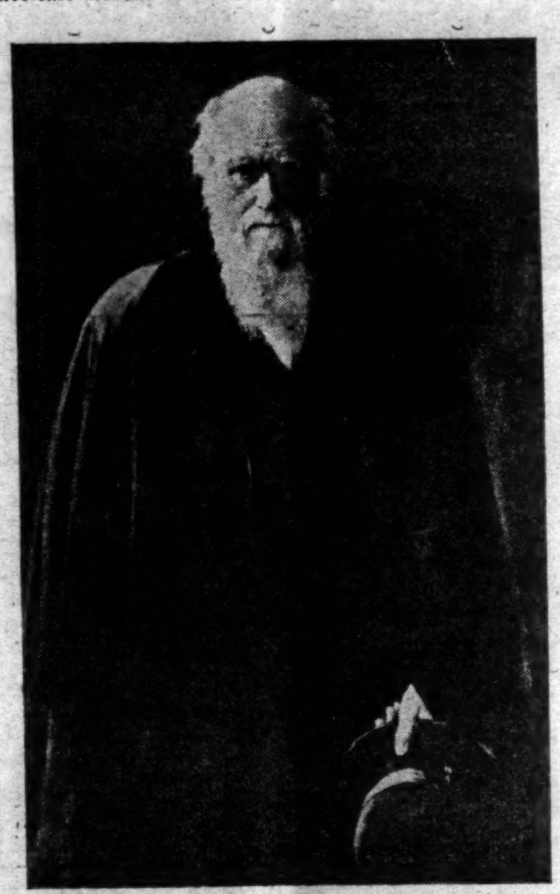
La primera mitad del siglo XIX fué pródiga en expediciones científicas de gran trascendencia, siendo tal vez las más importantes las realizadas por el "Adventure", bajo la dirección del capitán King, que recorrió diversas partes del mundo durante cuatro años, y la del "Beagle" al mando del capitán Fitz-Roy, que duró desde 1831 hasta 1836.

La repercusión científica del viaje de Darwin ha marcado una época en la evolución del pensamiento humano, ya que sólo desde ese tiempo se puede hablar de una doctrina completa que trata de explicar la evolución de las especies.

Sólo veintitrés años después de su vuelta a Inglaterra, en 1859, dió a conocer Darwin sus célebres doctrinas, en su conocida obra "El origen del hombre".

Todas sus observaciones sobre geología, etc., que hizo en su viaje alrededor del mundo han quedado, consignadas, aunque brevemente en su primera obra de carácter científico intitulada "Mi viaje alrededor del mundo".

En tal forma entusiasmó a Darwin este viaje, dadas sus condiciones únicas de observador sagaz y perseverante, que refiriéndose al provecho que se puede sacar de estas excursiones dice en su obra: "Me ha proporcionado tan grandes alegrías este viaje, que no dudo en recomendar a todos los naturalistas que viajen a todo trance y emprendan excursiones por tierra, si es posible, o si no, largas travesías".



Carlos Darwin

Del cuadro de *John Collier*

Y debemos advertir que las "alegrías" de un naturalista están muy lejos de esas alegrías que supone la generalidad de los mortales, pues para un hombre de ciencia es una "alegría" incomparable el estudio de una nueva especie, una observación oportuna de un fenómeno geológico, o el encuentro de un fósil desconocido.

Después de pasar más o menos dos años en Argentina, donde conoció a Rosas, con quien se entrevistó en repetidas ocasiones y obtuvo de él toda clase de facilidades para sus excursiones, siguió viaje a Chile por el Estrecho de Magallanes y llegó al océano Pacífico el 10 de julio de 1834.

Es curioso observar que Darwin se formó un alto concepto de Rosas, llegando a asignarle un papel de verdadero redentor y civilizador del pueblo argentino.

El itinerario de Darwin por tierras chilenas fué el siguiente: termina la travesía del Estrecho el 10 de junio de 1834; de aquí se dirige directamente al Norte y llega a Valparaíso el 23 de julio del mismo año. El 10 de noviembre vuelve al sur y recorre detenidamente Chiloé, las islas Chonos y toda la región austral de nuestro país. El 20 de febrero de 1835 lo sorprende el terremoto de Concepción, del cual tiene en su libro páginas bastante pintorescas. El 11 de marzo vuelve nuevamente a Valparaíso e inicia una excursión por tierra, que dura 25 días, de la región de Aconcagua. El 8 de abril va a Santiago a lomo de mula, volviendo nuevamente a Valparaíso donde se encuentra su cuartel general. De aquí se dirige al norte, también por tierra, mientras el "Beagle" va a esperarlo a Caldera. El 14 de marzo de 1835 llega a Coquimbo, y el 22 de junio a Copiapó. El 3 de julio sale de este "villorio" y va a Caldera para tomar el "Beagle" que lo lleva al Perú, encontrando a esta nación en plena revolución. El 12 de julio llega a Iquique y el 19 del mismo mes al Callao.

Las páginas de su libro que se refieren a nuestro país tienen un alto valor científico, el cual ya ha sido comentado en más de una ocasión por innumerables hombres de ciencia que se dedican a estos interesantes estudios.

Por nuestra parte vamos a seguir a Darwin, a través de sus excursiones por nuestro territorio, pero fijándonos más en la parte humana de sus anotaciones y en los aspectos pintorescos que se refieren a las modalidades de vida de nuestros antepasados y a la admiración que le produjo el clima maravilloso del país, su belleza, su naturaleza ubérrima y mil detalles que nos revelan el espíritu observador profundo del naturalista y del psicólogo.

EN LA PATAGONIA Y TIERRA DEL FUEGO

Antes de entrar en materia vamos a extractar la opinión que le mereció a Darwin su visita a la Patagonia, "esa tierra maldita condenada a vivir sin futuro" como él dice.

"Todo aquí es llano—agrega—árido y desolado. La fauna de la Patagonia es tan limitada como su flora. En todo el paisaje no hay más que soledad y desolación; no se ve un solo árbol."

Cuando recorre el sur nos dice: "Las llanuras guijarrosas, áridas, tienen siempre las mismas plantas desmedradas, y en todos los valles crecen los mismos matorrales espinosos. Por doquiera vemos los mismos pájaros, iguales insectos".

Refiriéndose a sus habitantes, los gigantes patagones, dice Darwin que acogen a los extranjeros con gran cordialidad, usan grandes abrigos de piel de guanaco y largos cabellos flotantes que los hacen verse más altos de lo que son en realidad. Se pintan la cara con rojo y negro. Tres de ellos que fueron a bordo "se conducen como grandes caballeros, pues saben servirse de los cuchillos, los tenedores y las cucharas".

Y he aquí una observación altamente interesante: "Más que por armas de fuego les gustaba cambiar sus abrigos por hachas y herramientas de labranza".

¿No es verdad que este detalle es interesante en esos hombres rudos, y sin vestigios de civilización, ya que según el decir de mucha gente, deben llevar con más violencia en la sangre la ferocidad guerrera?

Pero también debemos advertir que los actuales habitantes de la Patagonia protestan airados contra la "leyenda" de Darwin, pues dicen que "ni la tierra es tan estéril, e inhospitalaria como la pintó el ilustre naturalista, ni sus habitantes de hace cien años eran tan poco civilizados como para confundirlos con tribus salvajes".

En Tierra del Fuego, dice Darwin encontró algunas tribus de indígenas bastante curiosas. "Eran muy hospitalarios. Y es así como los jefes de cada tribu, para probarnos su amistad, nos acariciaban el pecho haciendo oír una especie de cloqueo como el que suele hacerse para llamar las gallinas".

Y agrega más adelante: "Di algunos pasos al lado del más viejo y repitió conmigo estas demostraciones amistosas a las que puso fin dándome al mismo tiempo en el pecho y en la espalda tres palmadas bastante fuertes. Después se descubrió el pecho para que yo le devolviera el "cumplimiento" lo cual verifiqué con todas mis fuerzas, y pareció agradarle en extremo.

¿No serán éstas también otras "leyendas" como aseguran los habitantes de la Patagonia moderna?

EN CHILE

En la mañana del 10 de junio entró el "Beagle" al océano Pacífico y los expedicionarios pudieron observar la costa occidental del continente que, en esa latitud en nada desmerecía por su desolación a la costa oriental.

Durante su travesía hacia el norte estudió detenidamente todos los fenómenos relativos al clima, a la acción de los hielos y a las producciones orgánicas de las islas antárticas.

Por último, después de 43 días de navegación ininterrumpida, llegó durante la noche del 23 de julio de 1834 a la bahía de Valparaíso.

A la mañana siguiente, al rayar el alba, Darwin salía a cubierta y, según lo consigna en su libro, no pudo dejar de exclamar: "¡Qué cambio! ¡Qué delicioso nos parece aquí todo! ¡Es tan transparente la atmósfera! ¡Es el cielo tan azul! ¡Brilla el sol tanto! ¡Rebosa tanta vida la naturaleza!"

Al hacer la descripción de Valparaíso dice lo siguiente: "La ciudad está edificada al pie de una colina, bastante escarpada y de más de 1.600 pies (480 metros) de elevación; por consecuencia Valparaíso no es más que una calle larga paralela a la costa, pero por cada cortadura que se abre en los costados de la colina trepan las casas a uno y otro lado".

En esta ciudad encontró el naturalista un antiguo compañero de colegio, Mr. Richard Corfield, y gracias a su cariñosa ayuda, Darwin pudo organizar interesantes excursiones al interior.

Acerca de los alrededores de Valparaíso dice Darwin entre signos de admiración: "¡Qué admirable país para la marcha! ¡Qué esplendidez de flores! Si hasta las mismas breñas son aromáticas; sólo de pasar entre ellas se perfuman las ropas".

El 14 de agosto salió a caballo en dirección a Quillota, pasando por Quintero, "propiedad—dice—que perteneció a Lord Cochrane".

Si su admiración por el clima de Valparaíso y sus bellezas naturales fué inmensa, al llegar al valle de Quillota, levantó sus manos en alto para repetir a sus compañeros de viaje: "Este es el sitio más hermoso del mundo. ¡El que le dió al puerto el nombre de "Valle del Paraíso" (Valparaíso), debió pensar en Quillota".

Aquí tuvo ocasión de presenciar algunos rodeos, por los que se mostró bastante interesado.

Asciende el cerro de la Campana, recorre Petorca, San Felipe y Los Andes, observando con marcada predilección la vida de los campesinos.

Sus observaciones acerca del carácter del "huaso" chileno nos parecen bastante infundadas y muy lejos de la realidad, especialmente en lo que se refieren a su lealtad y bonhomía. Pero, en cambio, nos llama la atención aquello que dice acerca de las diferencias de clases sociales y separación de castas. He aquí sus palabras:

"Las gradaciones de rango son en Chile muy marcadas; el huaso no considera a todos los hombres como iguales suyos; y me ha sorprendido ver que a mis guías no les gustaba comer al mismo tiempo que yo. Este sentimiento de desigualdad es consecuencia necesaria de la existencia de una aristocracia del dinero, pues se dice que aquí hay grandes propietarios que tienen de 125 a 200.000 francos de renta anual".

Tal vez en este sentido las observaciones de Darwin son más atinadas y precisas, pues nuestro "huaso" sigue siendo sumiso, apocado e insignificante ante el patrón.

También son dignas de anotarse las observaciones de Darwin acerca de la vida de los mineros de Chile.

"Me sorprende tanto la palidez de la mayor parte de los mineros que interrogo sobre esto a Mr. Nixon, dueño de la mina, quien no sabe explicarme la causa".

En realidad los estudios sobre "la anemia de los mineros" o "anchilostomiasis" son bastante recientes.

Agrega más adelante: "La mina tiene 450 pies (135 metros) de profundidad y cada hombre sube a la superficie 200 libras (90 kilos) de piedras. Con esta carga al hombro tiene el minero que trepar por cortaduras hechas en troncos de árboles, dispuestos en zigzag en los pozos. Jóvenes de 18 a 20 años, desnudos de medio cuerpo arriba, suben así con esta enorme carga. A pesar de este rudo trabajo, se alimentan sólo de habas cocidas (frejoles) y pan. Ganan de 30 a 35 francos mensuales y no salen de la mina más que una vez cada tres semanas, y muy bien vigilados para que no vayan a llevar oro".

En realidad ese sueldo reducido para los pobres mineros de hace cien años no ha variado mucho en relación con los ochenta centavos diarios que aun hoy día ganan muchos inquilinos de algunos grandes fundos del sur del país.

Y refiriéndose precisamente a la vida de los obreros agrícolas dice Darwin que su pobreza es extrema.

"Esta pobreza—explica—proviene en primer término del sistema feudal que preside el cultivo de las tierras: el propietario da al campesino un pedazo de tierra en el cual puede construir su casa y cultivarle; pero éste le da en cambio su trabajo personal o el de uno que lo reemplace durante toda su vida, y esto día por día y **sin jornal"**.

Este sistema de trabajo agrícola en el país no ha experimentado tampoco substanciales cambios, pues el inquilinaje actual, salvo muy raras excepciones, es tan pobre y miserable como el encontrado por Darwin hace cien años.

CHILE Y EL SUR DE CHILE

El 27 de septiembre vuelve nuevamente a Valparaíso, pero tiene que guardar cama durante un mes, hasta los últimos días de octubre, pues el cansancio producido por tan frecuentes como agotadores viajes a caballo o a lomo, de mula, lo han agotado completamente.

El 10 de noviembre inicia su viaje al sur del país, en el "Beagle" que se hace a la mar al atardecer, mientras el horizonte se tiñe con la sangre del día que

muere y los cerros se cubren con el velo violeta del crepúsculo dolorido.

El día 21 del mismo mes llega a la bahía de San Carlos, en ese tiempo capital de la isla de Chiloé, para iniciar inmediatamente el estudio de la isla "grande" y de las islas Chonos, las cuales recorren con todo detenimiento haciendo importantes observaciones del modo de vivir de sus habitantes y de la fauna y flora de la región.

Es curioso observar en las memorias de Darwin que jamás tuvo que sufrir un asalto de merodeadores o bandidos que, según algunos historiadores, abundan en la región sur del país. A este respecto, dice Darwin en una de sus páginas: "Este país es el único de Sud América en que se puede viajar sin necesidad de llevar armas, pues pronto se hacen amistades".

¡Cómo se admiraría ahora Darwin de saber que a los chilenos se les hace aparecer en muchas partes del mundo como los sudamericanos más amigos de tomar lo ajeno!

Por las descripciones que hace el autor de "Mi viaje alrededor del mundo", de los indios de Chiloé y del sur de Chile, se infiere que no supo diferenciar completamente los "criollos" de los indígenas propiamente tales.

EL TERREMOTO DE 1835

El 20 de febrero de 1835 le sorprende en Valdivia, el gran terremoto que en esa fecha asoló la región austral del país, llenándolo de admiración, pues nunca había tenido ocasión de observar de cerca un fenómeno de esta naturaleza.

Darwin hace de él la siguiente descripción:

"Hallábame yo en la costa y me había echado a la sombra en el monte para descansar un rato. El terremoto comenzó de repente y duró dos minutos, pero nos pareció mucho más largo, pues era tal la violencia, de las oscilaciones que era muy difícil sostenerse en pie. A mí casi me produjo mareo el movimiento que se parece mucho al de un buque entre olas cortas, o mejor dicho, como si se patinase en hielo muy blando que cediese al peso del cuerpo".

En su visita a Concepción, que entonces estaba ubicado donde hoy está Penco, se encontró con que la ciudad había casi desaparecido, por los efectos del terremoto y del maremoto que a continuación sepultó las ruinas de la ciudad.

Igual aspecto de desolación dice que presentaba Talcahuano.

"Después de haber visto Concepción —dice en sus memorias—confieso que no puedo comprender cómo escapó a la catástrofe la mayor parte del vecindario, pues desde que salimos de Inglaterra no habíamos presenciado un aspecto tan profundamente conmovedor como éste".

Pero una de las observaciones más singulares que estampa el sabio inglés en su libro y que se refiere a las costumbres de los "pillos" de esas ciudades en los momentos más terribles del siniestro, es la siguiente: "Los que habían podido salvar algo, tenían que vigilarlo sin cesar, porque los ladrones se reconocían entre ellos golpeándose el pecho con una mano y gritando "misericordia" a cada nuevo sacudimiento, y apoderándose con la otra de todo lo que veían".

El estudio científico que hace Darwin de este fenómeno es bien completo, pues hace referencias a la dirección de las oscilaciones, a los fenómenos volcánicos que lo precedieron, a sus consecuencias y a sus posibles causales.

SUS ULTIMAS EXCURSIONES

El 11 de marzo está nuevamente en Valparaíso y organiza una notable excursión a la cordillera, de la cual saca uno de los provechos más densos de su estadía en Chile. En esta oportunidad llega hasta Mendoza, pasando de ida por el Portillo y regresando por el paso de Uspallata. Este trayecto lo hace a lomo de mula, lo cual le da ocasión para admirar la resistencia e inteligencia de estos animalitos, de las que deja constancia especial en las siguientes palabras:

"No se diría que un animal de aspecto tan delicado pudiese llevar cargas tan pesadas. La mula me ha parecido siempre un animal muy sorprendente. Un híbrido, que tiene más razón, más memoria, más alientos, más afecciones sociales, más potencia muscular, que vive más tiempo que sus padres; todo esto parece indicar que en este caso se ha sobrepuesto el arte a la naturaleza".

Estas frecuentes exclamaciones de Darwin no nos producen ninguna admiración, pues en repetidas ocasiones, lo vemos, a través de sus relatos, apartar la mirada de la descripción de un antediluviano o de un bicho cualquiera para extasiarse con una puesta de sol o admirar con arrobamiento el colorido maravilloso de las montañas o la vistosidad majestuosa del paisaje.

El 27 de abril de 1835 sale para Coquimbo, ciudad donde se encuentran con Mr. José Edwards, cuya hospitalidad recuerda con gran cariño. Este caballero lo llevó a visitar sus minas de plata de Arqueros, que en aquellos tiempos producían todos los años más de dos mil libras de plata, y ya estaban en decadencia.

En Coquimbo y La Serena estudió detenidamente las gradas que forma la costa, las cuales, según Lyell y B. Hall, han sido formadas por el mar durante la elevación sucesiva del suelo, explicación que también admite Darwin después de una serie de consideraciones.

Aquí también lo sorprendió una noche, mientras comía en casa de Mr. Edwards, un gran temblor de tierra que le sirvió para hacer curiosas observaciones psicológicas de los habitantes e importantes consideraciones sobre la formación geológica de la costa del Pacífico.

De Coquimbo salió el 2 de junio para Huasco, "célebre por sus sabrosas frutas secas", dice el naturalista. Visitó Carrizal, Sauce, Freirina y Vallenar (Ballenar, como él la escribe, pues asegura que ese nombre viene de "Ballenagh" villa de Irlanda, patria de los O'Higgins que bajo el dominio español "dió presidentes y gobernadores a Chile").

El 22 de junio llega a Copiapó, ciudad cuyos habitantes le dan la impresión de ser individuos preocupados tan sólo de ganar dinero para marcharse lo más pronto posible, pues todos se ocupan principalmente de sus establecimientos mineros.

Esta misma impresión la han recibido todas las personas que aun hasta últimamente, visitan por primera vez las ciudades del norte de Chile, desde La Serena hasta Arica. Son muy pocas las familias arraigadas en esas tierras desde la época de la colonia.

En una excursión que realiza a la cordillera le llama poderosamente la atención el hecho de encontrar ruinas indias en pleno desierto y en los puntos más escarpados de la cordillera, lo cual hace pensar a Darwin que en esas regiones se ha efectuado un gran cambio de clima, o bien, que los incas tenían maravillosos canales de regadío que les permitían el cultivo de esas tierras, pues cavando en las ruinas se encontraban pedazos de telas, instrumentos de metales preciosos y espigas de trigo y de maíz.

El 29 de junio regresa a Copiapó después de visitar el Bramador o Colina

Rugiente, que lo preocupó sobremanera; y por último se encamina al puerto en que lo espera el "Beagle" para hacerse a la mar tres días después con rumbo hacia Iquique, abandonando, pues, el país el 12 de julio de 1835 al amanecer.

Tal ha sido, en breves palabras, el paso por Chile de uno de los más grandes naturalistas del mundo, cuyas doctrinas ahora desplazadas en el campo científico, revolucionaron en ese tiempo las ideas e hicieron cambiar el rumbo de las ciencias y de las investigaciones del laboratorio.

Darwin tal vez no fué un genio, pero su talento creador tuvo como base inconmovible la observación minuciosa de los hechos y de los fenómenos de la naturaleza; y sólo después de madurar bien por mucho tiempo y en silencio el significado de sus experimentaciones repetidas con incansable perseverancia, se atrevía a remontarse a la región de los grandes principios y de las leyes geneles.

Siempre fué temeroso de una conclusión prematura, de ahí que las observaciones consignadas en su libro de viajes no vayan acompañadas de juicios definivos acerca de los fenómenos que le cupo en suerte presenciar. Y tan sólo 23 años más tarde nos dió a conocer el resultado grandioso de su viaje, por medio de sus doctrinas evolucionistas que trataron de buscarle una explicación satisfactoria a la razón de existencia de la vida misma.

Su libro de memorias es ameno en grado sumo y está escrito con agilidad y entusiasmo, y por sobre sus observaciones de carácter científico sobresalen sus agudas críticas al estado social de los pueblos que visitó y sus interesantes consideraciones sobre la psicología de sus habitantes.

Por eso creemos que el libro de Darwin "Mi viaje alrededor del mundo" no perderá jamás su actualidad científica ni su alto valor narrativo.

Estampas

Acerca de un saludable y previsor principio de la Constitución de Haití

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración. Costa Rica y julio de 1934 =

Cuando el haitiano pudo acabar con el coloniaje francés que lo mantenía miserable y esclavizado, buscó en el resguardo de la tierra la manera mejor de que el sistema no volviera jamás a destrozar a su pueblo. Formó su constitución política y estableció en ella el principio terminante de que ningún extranjero podía ser dueño de tierras en Haití. Pensó el haitiano atormentado que en la posesión y dominio de la tierra tienen los pueblos su mejor salvación. Y pensó también que negando al extranjero todo derecho para señorearse sobre la tierra cerraba al nativo el camino para enajenarla. Concentró la tierra en manos del haitiano con lo cual lo hizo dueño de su defensa. Porque tierras sin defensa son nada más que latifundios en formación. La codicia del nacional y las necesidades de conquista del extranjero vuelven miserables los pueblos que tienen tierras propicias para los grandes cultivos. La Constitución haitiana estableció el principio de previsora defensa más grande que haya tenido pueblo metido dentro del aura imperialista emanada de las naciones conquistadoras Con ese principio mantuvo poco más de un siglo su suelo libre del acaparamiento y de la explotación esclavizante del extranjero y del nativo aliado vergonzoso de ese extranjero.

El imperialismo yanqui acabó con el principio de la Constitución haitiana. No podía ese imperialismo tolerar que una naciencilla poblada de gente negra, con una geografía regada en un mar metido dentro del dominio del imperialismo, tuviera una barrera fuerte contra su expansión. La tierra la necesitaba el imperialismo para darla al yanqui de las avanzadas imperiosas. Las grandes compañías que siembran la fruta de cultivo tropical, que sacan del subsuelo los productos minerales, que levantan y dejan caer la nave de conquista aérea, que ocupan el puerto marítimo y fluvial, que generan y distribuyen a precios fenicios la electricidad, todas esas organizaciones rapaces necesitaban la tierra haitiana. Y para que la tuvieran, para que fuera del imperialismo yanqui sustituto un siglo después del imperialismo colonial francés, se acabó por la fuerza y la ignominia con la previsora ley constitucional de un pueblo libre. Ocuparon a Haití las milicias yanquis y en 1916 redactaron nueva Constitución política y el Departamento de Estado yanqui la pulió y no dejó pasar en ella sino aquello que fuera camino libre para la conquista. Es conocido el procedimiento seguido por esas milicias para imponer la nueva Constitución. En nada tiene diferencia con los procedimientos seguidos en cada uno de los países de nuestra América acosados por el mismo imperialismo. Las milicias son soeces y matan y asesinan al nativo de estos pueblos que sale a oponérseles y a hacerles sentir que no han llegado a sojuzgar sino a guardar decoro y dignidad. En Haití cometieron los más grandes crímenes para borrar de la Constitución el principio de que el extranjero no podía ser dueño de tierras. Lograron hacerlo y la única Constitución americana previsora desapareció con ignominia.

Desde entonces el imperialismo ha podido hacer en Haití cuanto ha necesitado hacer para volverlo miserable, para darle la condición de factoría. Las milicias continuaron resguardando la Constitución impuesta por el Departamento de Estado y protegieron la entrada de la rapacidad yanqui que hizo de la tierra haitiana feudo para su expansión. Ahora con la nueva doctrina del segundo Presidente Roosevelt de que los Estados Unidos tienen que vivir como buen vecino con estos pueblos, anuncia el Departamento de Estado que las milicias yanquis serán retiradas totalmente de Haití. Celebrarán los simplones el suceso rusveliano. Pero como no hacen esfuerzo mental ninguno para comprender que las milicias se van cuando la factoría ya tiene vida propia y está protegida por su mismo hondo crecimiento en la entraña de la nación intervenida, gritarán alborozados que es salvadora la norma de nuevas relaciones a base de fraternidad internacional americana. No ven esos simplones la mentira que hay en el procedimiento. Las milicias no devuelven a Haití el principio de su Constitución que prohibe que su tierra se vaya a poder del extranjero. No pueden devolverlo porque precisamente a eso fueron a Haití. De no haber habi-

do obra de destrucción que hacer en Haití no habrían permanecido en esta nación ni siquiera habrían desembarcado nunca.

En Haití salido del coloniaje francés pensamos cuando queremos para estos pueblos leyes previsoras que salven sus tierras del latifundio. Nada hay hecho por esa obra grande. Y el yanqui, más que ninguno otro, está alerta y organiza sus fuerzas para adueñarse de nuestras mejores tierras. De los Estados Unidos salen las compañías poderosas a acaparar tierras en la América nuestra. No tienen como en Haití la prohibición que les impida hacerlo. Encuentran legislaciones miserables que les sirven de instrumento para el latifundismo. Y encuentra además nativos mucho más miserables que les abren el camino allí en donde la menor prohibición les impide agrandar el latifundio. Camino abierto para que sea ilimitada la cantidad de tierras dominadas. En esta forma cada pueblo va volviéndose tributario del yanqui imperialista. Por ahora la tarea ha sido acaparar para la explotación en grande cuanta tierra hay propicia. Luego, y ya se ve venir el mal, querrán la tierra para situar en ella al yanqui que es la avanzada de la conquista. Imaginan obras de acercamiento, la Carretera Panamericana, y quieren que a lo largo de ella cada pueblo de América entregue sus tierras para la población yanqui que en los Estados Unidos no tiene ocupación productiva. Y la sombría Carretera ha sido trazada por el imperialismo. Llevan años los ingenieros del Departamento de Carreteras de los Estados Unidos de recorrer estos países con un séquito de expertos que dan el informe acerca de la feracidad de la tierra, de la bondad del clima, de la potencia de las aguas, precisamente a lo largo de la zona que ocupará la Carretera. Ya sabe el imperialismo yanqui la capacidad de que dispone en cada país para alojar sus avanzadas de "farmers" o de lo que sea. E insinúa que esas tierras pueden darse al yanqui que posee civilización que nosotros no hemos logrado todavía. Lo insinúa para que demos la ley llamando al yanqui una vez que le hayamos construído el camino que desemboque en el propio Canal de Panamá. Para todo nos prestamos por ignorancia, por servilismo, por mala fe. Sin pensar en que el yanqui no puede jamás ser nuestro aliado, porque nos desprecia, porque siente que es raza de conquista nacida para imponer sobre nosotros que somos raza de vasallaje. Sin pensar en que el yanqui es imperialista y cuando su nación lo hace emigrar es para ayudarla y hacerle posible el dominio completo.

Lo que Haití hizo al salir del coloniaje francés es bueno revivirlo hoy en América, porque la tierra se está acabando para el nativo. Piensen las generaciones nuevas en lo que ha de significar un pueblo sin tierras. Piensen en la condición miserable del colono. Y a colonia nos está reduciendo el imperialismo

yanqui. Para hacer colonia a Haití le mandó milicias soeces y le mataron el principio grande: la no propiedad de la tierra para el extranjero. Pues nosotros debemos revelarnos contra la colonia, contra la factoría a que nos llevan las inmensas compañías que acaparan tierras, aguas, medios de transporte, rutas aéreas, electricidad. Un lector ecuatoriano nos pregunta qué puede hacer, por ejemplo, la gente nueva de su nación que quiere impedir que la United Fruit Company vuelva latifundio al Ecuador. Y pensando en lo que el haitiano hizo para acabar con el sistema colonial que lo había humillado y explotado, le decimos que hay que incorporar, como dicen los juristas, el principio prohibitivo para el extranjero de que pueda ser dueño de la tierra. Esta es una medida grande y para hacerla realidad en cada pueblo de la América nuestra debe organizarse la gente nueva, la que siente que ser factoría yanqui es la condición de más abyecta miseria que puede sufrir un pueblo. El extranjero, quien quiera que sea, sirve incondicionalmente los intereses de su nación. Convertido en propietario de tierras está atento a lo que su nación le pide. Es una amenaza que no cesa de picotear. Es claro que el principio haitiano fué dado para hace un siglo, pero tampoco los métodos de conquista de los imperialistas han variado nada. Lo que el francés hacía con Haití cuando lo sacudió y lo echó de su suelo, hace el yanqui con el mismo Haití y con Puerto Rico, por ejemplo. De manera que al ecuatoriano preocupado y horrorizado por lo que ha sabido de la United Fruit Company cultivadora y exportadora de bananos, no tenemos más que decirle que trabaje porque la gente nueva de allá defienda para sus leyes previsoras el principio haitiano barrido con ignominia por las milicias imperialistas yanquis. La United Fruit Company no es sino la avanzada del imperialismo. La tierra que ahora acapare a precio vil será de seguro para el cultivo engañoso y vandálico como dicen que llamó un costarricense el cultivo del banano. Puede ser también tierra para situar en ella poblaciones yanquis que nos traerá cualquier ley que el Departamento de Estado necesite que estos gobiernos den abriendo el campo al yanqui derrotado allá e instruído para cobrar aquí fiereza e imperio. Creemos que es salvador para estos pueblos defender valerosamente la tierra. Pero ya hay que pensar en una defensa grande. Y hagámoslo a la manera haitiana. Demos a las Constituciones ese armazón formidable de la prohibición para el extranjero de que sea dueño de nuestras tierras. Démoslo ya, porque la avalancha viene. Las organizaciones estilo United Fruit Company sólo han precedido a las organizaciones directas promovidas por el Departamento de Estado. Nuestras tierras tienen todos los atractivos para el yanqui de la conquista. Pues digamos que el yanqui de la conquista no puede ser dueño de ellas porque tenemos ley que se lo impide.

Carta a mi biógrafo

Por GABRIELA MISTRAL

= *Colaboración* =



Gabriela Mistral

Recibí su libro hace seis meses. Mi silencio no le haga pensar que desagradezco lo que ha hecho usted por mí. El cariño tiene mucho precio y lo tiene también el entusiasmo, y su libro se resuelve en esas dos cosas: afectuosidad y fervor, más una paciencia grande para la búsqueda de datos. Yo soy también de los que quieren desmedidamente lo que quieren y por ser reo de su pecado, lo entiendo sin que lo celebre: pecados míos me los excuso, no me los aplaudo.

Ganas tienen algunos amigos aristócratas de actitud y conducta de que yo lo zarandee a usted en persona ofendida. Yo tengo solamente deseos de decirle sus infidelidades a encargos que usted debió tomar en cuenta, y de repetirle, después del gran yerro, lo mismo que le dije antes, previéndolos.

Varias cartas he recibido sobre su obra y las reacciones que ha creado en mi tierra. En una se me dice que debo yo decir algo sobre este libro estrepitoso, que me hace mal en su falta de sobriedad y discernimiento, y ésta es de amigo y letrado; otra me dice que hay quienes ven en la obra una empresa que yo he alentado; otra, que la propaganda de **afiches** que usted hace de ella, me equipara a las mercancías y que esto no se junta con mi sencillez y mi honradez de carácter. Las tres parten del punto de vista de que yo he colaborado en su labor, cosa delicada, y como usted sabe, falsa.

Me parece malísimo que usted no publicase mi primera carta; yo le he indicado que trabajase sobre otro escritor y que me dejase para más tarde o me eliminase de su preocupación. Me contestó usted con su insistencia cariñosa y algo tozuda de criollo. Entonces pensé en que debía, a lo menos ayudarle con lo que cualquer escritor ayuda: con artículos de crítica. Le mandé varios y buenos. Usted no los publicó sino en uno que otro párrafo ciento por ciento elogioso, haciendo así una especie de recolección de miel. La miel empalaga a las gentes y con harta razón. Hay derecho a tomarla solamente en turno con materias neutras o ácidas o amargas. Usted, que no pertenece a la familia de mi Montaigne, se rehusó a esa sabiduría universal de cualquier menú... De lo bueno poco y de lo dulce poco, y más poco aún de la honra, que en una tajada vale el cuerpo entero.

Recortes sobre mis viajes se los mandé como se da materiales para esos trabajos. Debían servirle para un itinerario de mi vida en estos diez años de ausencia de Chile. Usted, a lo niño, los usó enteros, para contar recepciones y paseos. Y parece que ha conseguido que las gentes me tomen las penitencias por disfrutes. Cualquiera que me conozca sabe que la vida social no me da ningún placer.

Segunda queja: usted no publicó tampoco los párrafos de una carta en los cuales le recomendaba pulso frío y rebanadura en la alabanza, el primero, por deber de crítico, la segunda por racionalidad.

La publicación de dos y no de cuatro o seis cartas, es mala cosa; daña como todos los cortes en los documentos...

Muchas cosas de su libro le agradezco; y vivamente el recuerdo fijador de algunas deudas mías a nobles criaturas que me han ayudado a vivir; la reproducción de mis ideas sobre el feminismo, que desharán mi leyenda de dirigente política de mujeres; la rectificación leal sobre mi colaboración cerca de don José Vasconcelos: la utilización de acápites de artículos sobre Chile que a lo menos mellarán mi reputación de chilena descastada; y... la anotación del día de mi nacimiento. He sabido por usted que nací el 6 y no el 7 de abril. No es poco. En este desconocimiento de un dato que las gentes se saben, pudieran ver los que me sospechan de copartícipe de una glorificación, que yo me importo poco a mí misma. Morbos son igualmente importarse mucho y nada. El aborrecimiento de nosotros, predicado por los cristianos, no me convence. Me cuido un poquito el cuerpo desde que me falla y el alma más, porque la pobre me sigue fallando....

Entre la avalancha de atributos que usted me regala en esa terrible escalera de virtudes, no reconozco sino una pieza verídica: la energía para la formación solitaria del carácter y de la cultura. He vivido tremendamente sola, de infancia a madurez, en una soledad que ha solido darme vértigo. A eso se reduce mi caso: al de la energía, y esta virtud se la devuelvo gustosamente a mi raza: es pasta chilena la de mi carácter; andan en mi sangre disueltos los metales de mis cerros de Coquimbo. ¿Cree usted que no bastaba con dar eso? Bastaba, mi querido amigo Figueroa, y su libro puede ser escarmenado dejando eso que es lo único indudable.

El colega Peláez Tapia, del que me mandan una crítica, habla de su panegírico llamándolo nacionalista. Es verdad, y un gran error de su parte. El nacionalismo sirve para la economía y es fatal para la avaluación de una criatura. Guárdelo usted con llave cuando se siente a escribir.

Sus castigos ya los ha tenido usted. Yo le aplico sonrientemente este otro: tantos y pícaros deseos tuvo de dar anécdotas de mi vida que se le escurrieron las falsas con las verdaderas, en una sucesión de lo que llama el botánico las hojas opuestas: en frente de cada verdad hay una fábula de qué bulto. El ojo intruso de la vida íntima se castiga casi siempre a sí mismo. Anda en lo obscuro y como no ve, confunde o inventa, benévola o malamente. Usted crea a pura generosidad y nobleza. En país de chiste grueso, no faltó un señor que hiciese chacota con mi padre. Ni mi padre se la merece ni son esas unas zonas que remueve y pisa un espíritu asistido de mínima nobleza.

Le han dicho malas cosas de su manera de escribir y me echan la culpa de sus vocablos anárquicos tanto como de su desbridamiento. Alone precisa mi vicio de arcaísmos y neologismos. Al amigo fiel le contesto: la capital nuestra, el Santiago ayancado y descastado que tenemos, ignora bastante la lengua que habla el campo de Chile. En Puerto Rico me reencontré con mi español de Elqui, siglo XVI, y me dió gusto saber con prueba que hablo lo mío más legítimo y entrañable. En cuanto a los neologismos, muchos he hecho, más aun me tengo que hacer. Cien millones de hombres que hablan español en la América tienen derecho lleno y pleno a hacer palabras y a que se las acepten a la larga los diez millones que lo hablan en la Península materna. De paso digo a Alone y a usted que suelen llamarme vocablos nuevos los errores de imprenta, veinte a lo menos por artículo... Usted, mi desbridado amigo, hizo adjetivos por fantasía, y eso se hace por necesidad estricta y ceñida. Los retóricos de Chile han logrado cuajar una lengua nuestra empalada y desabrida. A veces peco contra esos patronos de la lengua de Chile sin pensar en ellos, alguna vez pensándolos: jugar es bueno con los ceñudos y los solemnes, y a mujeres y a niños nos place la diversión con la cólera ajena, mientras más ilustre mejor. En madre de tonterías me clasificó hace años Omer Emeth, y habló de un triángulo del disparate: Prado, Guzmán y yo. La compañía era excelente y yo la agradecí casi como una promoción. No tengo reputación que perder en cuanto a purismo. Me quedo en castiza de la América y con bastante derecho. Más de mi raza sudamericana soy que varios de esos castellanos de... Maule o Colchagua...

(Pasa a la página 12)

Joaquín Edwards Bello

Por GABRIELA MISTRAL

= Colaboración. Madrid, junio de 1934 =

Hace años que la presencia y la chilenidad de Edwards Bello no nos confortan en París o en Madrid y que nos falta su conversación coloreada, tal vez la más criolla entre las que hemos disfrutado, con la de Ventura García Calderón. Hace seis o siete años que no repasamos nuestra América con el americanísimo, fojeando sucesos, personas y libros.

Hay hombres que pueden ir y venir por los continentes o que pueden vivir en solar nativo leyéndose las novedades literarias extranjeras de cada correo sin que la lengua que hablan se les estropee y sin que la costumbre en que nacieron se les corroa de los muchos ácidos que se trae el cosmopolitismo. Parece que la raza los dió subrayados o que los hizo con un designio especial, poniendo en su fórmula el repertorio de sus esencias, sin que le falte una sola. Son la receta completa. Los demás cogemos un manojo de atributos o una que otra virtud solitaria y con eso y sobre eso trabajamos sacándole los recursos posibles; aquéllos son a la vez una especie de hijos y ahijados de su país; han recibido de él la perfecta semejanza física más cierto soplo iniciático de su secreto racial, el silbo mágico de la serpiente en la oreja de Apolo, por el cual la tierra (la serpiente) traspasaba su secreto. Los demás parecemos gentes informadas del negocio racial; ellos son la gestión racial misma.

"Como la esponja que la sal satura", que decía Rubén, ellos han vivido la casta en atmósfera, en orografía sensible y en abismo abisal. Saben mucho, y no del saber que viene de la averiguación documentada, sino del saber verdadero, que es una como experiencia visceral de la raza; ellos forman su entraña y le han vivido las emociones superiores como las inferiores, y son los verdaderos hijos rezumados del tejido materno.

El libro de Edwards Bello que llega de Chile será siempre, por esto, un cuajarón de nuestra sangre, a veces trágica, en las revoluciones, a veces idílica, en la rumia de una infancia; valdrá por un regreso a la tierra en la recolección de imágenes borroneadas y pondrá a hervir los sentidos en un tacto, una vista y un olfateo resucitador de las realidades perdidas.

Creen algunos racistas que nos están brotando que basta llamarse Pérez o González para ser un americano y saberse bien y decir cabalmente los aires, los limos y la criatura criolla. Este americano les contestaría irónicamente con su "Edwards" y les presentaría un hecho sutil que entra en el misterio de las razas. Yo me tengo aprendido que el mongolismo o la indianidad nuestra, a menor dosis, más fuerte. El cuasi-indígena con un ochenta por ciento de Asia en el cuerpo, vive echándose atrás, como se aparta la guedeja sucia de la frente, el terrible porcentaje, desesperado de ser lo que es y decidido a re-crearse español; el cuasi-blanco vive menos preocupado de la ecuación, se la acepta y hasta se la mima. El blanco total, criado en tierra de América, y que participa de la americanidad solamente en paisaje y costumbre (y basta, y basta) ese suele hacer un bello alarde de solidaridad racial y libre del complejo y los complejos sabidos, declara a pecho abierto que es hombre de allá, criatura americana. Existen, naturalmente, los blancos envalentonados de la venazón clara del brazo y de otras venazones problemáticas e interiores, pero afirmo la deslealtad sin superlativo del mestizo al aborigen.

DESCRIPCION Y NARRACION

Edwards Bello domina en pleno los dos hemisferios del escritor, la descripción y la narración; posee la mirada eficaz y la fantasía batidora; el demiurgo que nos hace le labró el ojo recogedor y el otro que está más adentro y que es el **transformador.** Le han dicho incorrecto, desmañado y sin desbrozar, por cierto desenfado viril con que escribió en sus mocedades, por un desembarazo muy chileno que había en su escritura tan vivaz como su charla. Le han hecho reparos algunos que padecen su perfección como un reuma articular o como una tortura de cuenta-gotas. Esos mismos lo han leído con placer, porque esta prosa es de las más placenteras entre las que tenemos, de aquellas prosas de regato ágil y retozón. Una se le entrega como a la corriente, sin examinarla mucho, sin estropearse con la pedantería la dicha buena, y que ya escasea, de que nos cuenten con soltura y nos describan vitalmente, a puñados de color y de forma. El ha sido fiel a sus virtudes primeras, y aunque después ha embridado el período y celado el concepto, este último libro, **Valparaíso, la ciudad del viento,** es buen hermano de **La muerte de Vanderbilt.**

Entre novela y novela Edwards Bello ha hecho veinte años un periodismo fértil que algunos llaman el mejor de Chile. Me lo leo tardíamente en esta parcela, y me duele la carencia de la crónica nacional, salida de su mano, como un desnutrimiento de lo chileno.

Las antipatías más comunes de Edwards Bello en su solar—que no en el continente—se las ganan mejor que sus obras... las cualidades de su carácter. Hijo más reprendedor de su padre no le nació a nuestro viejo Chile satisfecho y sentado en sus prestigios, sentado como en una butaca de buen marroquí y de caoba hermosa; sentado y asentado con cierta dignidad y no poquita soberbia. El marroquí se avejentó deslustrándose; la caoba comenzaba a criar comejenes. Lo decían algunos y pocos se lo creían.



Joaquín Edwards Bello

Aristocracia y burguesía

Por JOAQUIN EDWARDS BELLO

= Envío del autor. Santiago, Chile =

A Chile vino gente aristocrática en pequeña escala, y sin embargo no existen en la alta sociedad las características del aristócrata. Se diría que el ambiente, el clima, las costumbres, diluyeron los caracteres europeos. Lo mismo que los frutos vegetales, el hombre cambia en el trasplante.

Lo que sí hay son dos clases: ricos y pobres. Los pobres suelen ser más morenos por cuanto son más antiguos en el país y se han identificado con el clima y el aborigen. Los ricos son más blancos, esto es, más europeos; lo que llamamos aristocracia son esos europeos que van llegando y renuevan sin cesar la sociedad. Claro que hay ricos negros y pobres blancos, excepción a la regla general. Los ricos forman un propugnáculo, nunca de apellidos ni de sangre, sino de intereses y de credos. Cualquier hombre inteligente es acaparado por la clase alta, siempre que pacte con sus ideas.

Lo que aquí llamamos aristocracia podrá serlo para nosotros; en ningún caso equivale a la aristocracia de Europa. Podemos llamar aristócrata a cualquier descendiente de un padre de la patria de 1810, poseedor de apellido histórico, hacienda en el campo y casa en la Alameda. Examinados comparativamente, los señores hacendados, integrando estas condiciones, constituyen una burguesía; nunca una aristocracia. Al escribir esto no alentamos pretensiones de denigrar, sino de establecer hechos incontestables. El conocimiento de verdaderas sociedades aristocráticas subraya la idea de que en América no existe tal cosa, sino burguesía, u oligarquía, en su sentido etimológico.

Fascinante era, sin duda, esa aristocracia, que vimos en los tiempos de nuestra adoles-

(Pasa a la página 10)

El patricio, que no lo volteaba nunca, sufrió un buen día el sentón repentino. Edwards Bello, patricio él mismo, ni tuvo la butaca ni el regodeo en ella ni la sorpresa malaventurada. Su asombro, como el mío, había sido el de que eso durase tanto tiempo. **El roto** fué un anuncio medio zumbón, medio colérico, al país apoltronado y se lo injuriaron o se lo mofaron. Cierto patriotismo también se parece al viejo hidalgo pulcro y sin experiencia de vendavales, abomina de los relatos crudos, pone mal gesto a la Celestina y al Lazarillo y le disgustan también los relatos telúricos. El ha vivido sin bajar al sótano ni subir al desván donde hay inmundicias amontonadas o cachivaches en putrefacción. El no quiere saber nada ni del terremoto, remecedor de la casa entera, aunque ambas cosas, pestes y temblores, formen también parte de la ley... y de la normalidad.

RELATOS DE INFANCIA

Infancias, esas debiéramos escribirlas todos. Alguna vez me he pensado que la mejor Geografía Pintoresca de nuestros países sería la que resultase de unas diez infancias escritas por diez buenos veedores de las suyas en otras tantas regiones de Chile o de Colombia o del Perú. El niño ve bien la tierra y la costumbre, la verla con ojos nuevos y novedosos. El niño que viene **de otra parte,** mira como el extranjero con choques de diferencia, medio herido y medio complacido de éstos. Es **un buen ver.**

Le agradecemos esta infancia, removedora por contraste de la nuestra, en cuanto a algunos aspectos y en otros completadora de la nuestra. Se la recibimos como un regalo cariñoso que él mandara a los ausentes. Se parece a un sobre que nos hubiese llegado lleno de "calcomanías" chilenas y pongo esta linda palabra que han envilecido en su sentido verdadero de estampa jugosa, de fácil manipulación de nuestra mano con ella, de contorno fijador e ingenuo de las cosas y de un entretenimiento tierno.

Lado a lado con el chileno hay en Edwards Bello un continental, un sudamericano en posesión de sus veintidós pueblos. Esta es la vida racional que nos corresponde y se parece a un existir con el cuerpo entero. Vivirán así, en cincuenta años más, nuestras gentes todas; y por allí serán más ricas y generosas hacia sí mismas y hacia los otros. El continentalismo ha tenido en Edwards Bello uno de sus mejores propagandistas, y la conciencia chilena en este sentido de la formación de nuestra sudamericanidad le debe mucho. Más de lo que él se cree es deudor a su periodismo grande nuestro país.

Le ha faltado para tomar proporciones de maestro un poco de pedantería de sociólogo o de suficiencia de pedagogo, o de matonesca pecha política. Hay en él, por el contrario, simplicidad criolla, alegría de campeón deportivo, inteligencia castigada. Debiera ser ya como Alfonso Reyes o como Víctor Belaunde o como Gonzalo Zaldumbide, Ministro de Chile en cualquier capital de habla española. Chile va a cumplir con él tarde, si cumple, y le desaprovechará sus briosos años de dionisismo mental, de creación jocunda. Chile no ha salido sino a medias, como la sirena, de una especie de vejestorismo político o administrativo que ha sido su enfermedad post-colonial. Las canas por allá son todavía virtud mirífica y la cara tersa un documento de no fiar.

Aristocracia y burguesía...

(Viene de la página anterior)

cencia, allá en la playa de San Sebastián, el balneario español de moda desde que el monarca lo honraba en su palacio de Miramar. Balandros, yate real, corrida **regia**, no en la acepción vulgar nacional, sino **regia** porque asistían los reyes... En ese ambiente saludable, en el marco perfumado de las colinas clausurando el paseo de la Concha, vimos a los **títulos** hispanos y, aunque no tuvimos el agrado de frecuentarlos, algo adivinamos de su idiosincrasia. Los duques de Andia y Santo Mauro, la duquesa de Esquilache, el marqués de Viana... ¡qué sé yo! Todos ricos y magníficos, poseedores de carruajes impresionantes, vestidos de noche, asimismo como los jóvenes lords en Inglaterra. La marquesa de la Laguna, vieja dama multimillonaria, cubría sus crasos setenta años con sederías fuera de las modas y rastacuerismos, tomando aires de vieja cortesana escapada de un torneo medieval.

La aristocracia española fué la más fastuosa de la tierra, fastuosa y fanfarrona hasta constituir una exaltación dignificadora de esta palabra. España fué así una mezcla de mendigos, lacayos, pajes y señores; un claroscuro de miseria y abundancia. En la vieja corte de Rusia, no recuerdo en qué época, se habló de los piojos españoles, junto con la llegada del embajador de esa tierra—creo que el duque de Osuna. Es una anécdota histórica suelta y lamento no precisar. Este duque de Osuna asistió a una fiesta en el palacio de los zares vistiendo amplia capa bordada de piedras preciosas, las que iban desgranándose a su paso, así fueran "piojos españoles"...

Centenares de gestos así se cuentan en Madrid para caracterizar a los "títulos", palabra que el pueblo del siglo XIX dió respetuosamente a la nobleza.

Lo que diferencia diametralmente a un aristócrata español de un seudoaristócrata chileno o argentino es esto: el español es de acceso rigurosamente difícil en su casa, y magníficamente llano en la calle o el casino. El sudamericano es todo lo contrario. El español, en primer lugar, es arrogante y cerrado para el extranjero; amable y abierto con cualquier compatriota por humilde que sea, en las calles. Sus criados suelen dominarle, sin perderle por ello el respeto. Europa es madre de la jerarquía. En cambio, un sudamericano prodiga su casa, presenta a su familia a cualquier extranjero; hace alardes de orgullo entre humildes y selecciona cuidadosamente sus amistades entre compatriotas "por miedo a ensiuticarse". Un verdadero aristócrata ignora eso; va con cualquiera, si le agrada, por cuanto está seguro de la firmeza de su casta. No teme desteñir en ningún contacto.

No es raro ver en Madrid a un aristócrata de primera fila saliendo de la Gran Peña y deteniéndose a conversar, tuteando, a la florista o la vendedora de periódicos. Muchos son amigos de toreros o gitanos. Recuerdo que, siendo Encargado de Negocios de Chile en España don Pancho Echaurren, me convidó a almorzar en la Legación en compañía del torero **Barajas** y una gitana. Es el rasgo más aristocrático que haya visto en un diplomático chileno, y lo atribuyo en parte al ejemplo de Madrid, esa ciudad inolvidable.

El chileno o argentino, por muy ricos que sean, están siempre pendientes de las apariencias, de los saludos, de las amistades, forzando la espontaneidad y las elecciones afectivas, sacrificándose invariablemente al juicio vulgar.

No existen en nuestra América esos tipos magníficos, desenvueltos, independientes, seguros de su situación, capaces de un gesto audaz y de un juicio propio. ¡Ah! Era sin duda un espectáculo magnífico ver por esas calles a un Alba, un Medinacelli, un Viana. Declaro que en nuestra tierra no hay ni idea de eso. La aristocracia española tenía graves defectos, sin duda; mas, yo no olvido su brillo cegador. El efecto producido en mis quince años es imperecedero. En el **Hotel du Palais,** en las corridas de toros, en la playa, en la confitería **Ideal Room** o en el **Cantábrico,** esa aristocracia daba una sensación inexplicable de grandeza, de espuma de siglo, de milenarios tesoros.

Un detalle muy curioso me viene al azar y que es a la vez comprobatorio de las diferencias fundamentales de la mujer en Francia y la mujer en España. San Sebastián está en la frontera, a pocos minutos de Biarritz, donde los ricachos franceses van buscando aromas españoles. Un puente en el Bidasoa es mitad español y mitad francés. Uno puede colocar un pie en Francia y otro en España. Sin embargo... ¡qué diferencia! ¡Qué cambio tan fundamental de uno a otro lado! En España, el Rey, la nobleza, los toros, los guardias civiles, el concepto amoroso del Harem... En Francia **monsieur le président,** los gendarmes, **las betes de luxe,** el radicalismo revolucionario y el concepto amoroso de Versalles... Sabido es que la **demimondaine** goza en Francia de todas las consideraciones. Asimismo viviéramos en la dorada polvareda de la Pompadour, la Du Barry y madame Talien, ellas dirigen la vida de la elegancia y muchas veces de la política. Madama Castiglione influyó poderosamente en Las Tullerías. Pues bien, vamos al recuerdo. Era un domingo. Desde Biarritz llegaron algunas **demimondaines** al hotel donde se reunía la aristocracia española.

Llegaban en automóvil para ver la corrida. Entonces los toreros eran Fuentes y Machaquito. Se escucharon sus risas, sus erres salivosas, su fru fru. Yo llevaba entonces una vida mixta, entre París y España, de tal manera conocía "de vista" a esas **cocottes** lo mismo que a los **títulos**. Experimentaba por todos esos aspectos de vida europea un respeto novedoso de bárbaro de esta joven América. Muchas veces me había quedado boquiabierto admirando al azar de mis andanzas a esas mujeres divinizadas en el teatro, en el **pessage**, en Armenouville, en el Fouquet's. Altas, majestuosas, tenían algo de Cleopatras, y también de yeguas de carreras. Pues bien: el dueño del hotel español les salió al encuentro desde la terraza y les

dijo estas palabras que en su vida nunca escucharan:

—Siento mucho, pero aquí no pueden entrar ustedes.

El lector entenderá nuestro parecer. No tomamos posición a uno ni otro lado. El demimonde francés y la aristocracia española, ambas manifestaciones de vida casi inaccesibles para un niño iberoamericano, reviven en el recuerdo con el encanto de hechos pasados. Era la sensación de un mundo impenetrable y casi divino fuera de nuestras posibilidades.

Sin duda, España, metida en su concepto árabe de la mujer, en su política de aislamiento, orgullosa de sus toreros, sus oradores, sus bailadoras, guardias civiles y curas, fué uno de los países más machos y más personales del mundo.

Aristocracia es una clase, una minoría formada por respeto a la propiedad, a los botines adquiridos, a la tradición. Se puede ir esa aristocracia de apellidos, sustentada por un pasado, pero llegará otra de talento, de hechos, de presente, por cuanto lo que no muere en Europa, y en España en primer lugar, es la facultad de respetar, de acatar, de valorar. Se van los Medinacellis, los Albas y Osunas, e inmediatamente suben a la jerarquía los Ayalas, Baezas, Ortegas, Unamunos, Marañones...

Esa aristocracia de la antigua España, inconfundiblemente caracterizada, era segura de sí misma. El lector que haya vivido en Europa recordará, sin duda, esos tipos magníficos, independientes, alegres con la alegría infinita de su propio valer, pisando fuerte y sin miedo de dar opiniones. En cambio, estos burgueses americanos, que algunos llaman sangre azul y aristocracia, están siempre en estado de larva, de crecimiento; se adocenan y buscan la manera de instruirse en lecturas sesudas capaces de darles una tenue definitiva en la lucha por la vida. Rara vez se aventuran a opinar en público. Más piden las burguesías a las normas hechas, esto es, a los textos, antes que a la vida, a la experiencia y su propia enjundia. Si el lector pone atención,—el lector que ha viajado—notará en nuestras calles un tipo de hombres en perpetuo trance de formación, desaforados, sudorosos en la lucha por el pan, dispuestos a aceptar cualquier credo, a trocarse en cualquier cosa, con tal de vivir, o sea, mejor dicho, de subsistir. En nuestra América, la burguesía acomodaticia produce ese tipo larva, desorientado, apegándose a las transformaciones generales, sin encontrar jamás su propia forma.

El aristócrata—y tomo de modelo al español—era un tipo **hecho y derecho**, y bastaba verle en las calles para comprenderlo así.

El observador notaría tal vez durante la visita del Príncipe de Gales, algunos detalles para confirmar estas líneas. Ese noble niño fué reacio para aceptar ciertas reglas sudamericanas, dictadas por eso que aquí llamamos aristocracia y no es, en suma, otra cosa que burguesía, hecha de los prejuicios de todas las burguesías.

Un aristócrata europeo reune mayores probabilidades para entenderse con cualquier plebeyo americano, antes que con un seudoaristócrata. Ya dijimos que existe "la aristocracia natural del indígena". Ellos eran los dueños de la tierra y se dedicaban a la guerra y la cacería, igual que los nobles de ahora. El roto es el aristócrata. Lo probé algunas veces.

Este artículo se refiere a la nobleza española en auge, esto es, anterior a la república.

El feminismo y la democracia en Costa Rica

= Envío del autor =

Doile gustosamente respuesta, mi conspicua amiga, a la interpelación tan honrosa que usted me hiciera en punto del proyecto para ciudadanizar a la mujer costarricense.

Por haber visto muy de cerca tantas bambalinas de nuestro escenario político, en lo que llevamos de siglo, y procurado investigar en nuestros cronicones de antaño los sainetes electorales que representara la democracia, he venido a concluir que, entre nosotros, el problema del sufragio debe resolverse mediante una restricción fincada no en el sexo, sino en la capacidad de los electores.

Aquel sufragio universal que los castelarianos del 68 presentaron ante Europa como una panacea de las sociedades—y que aquí desde 1889 es la cantinela obligada para arrullar a las multitudes—nunca logrará en la práctica su finalidad doctrinaria, mientras no llegue a cimentarse en una aptitud espiritual que le dé conciencia al voto.

Se creía que universalizando el sufragio iba a desarrollarse en las masas ignaras el sentido cívico y la capacidad para el buen ejercicio ciudadano; mas, en el discurso de los años hemos comprobado que muchas de esas masas no sacan aún su alma de la ergástula y que sólo sirven para complicar los procesos políticos, ya que apenas olvidan su apatía cuando los excita la amenaza del patrón, la fusta de las autoridades, el tintineo del oro, la verba despotricada de cualquier dicharachero, o un mezquino interés de caserío... Antes de vestir a esas montoneras con la hopalanda del sufragante para que se conviertan en legionarios inconscientes y ciegos de pasiones y apetitos ajenos, necesitarían pasar por la escuela y robustecer el espíritu hasta adquirir la independencia volitiva que exige el sufragio. No hay democracia sin libertad; y la libertad, más que en los códigos, debe asentarse en el pensamiento del individuo.

Poco o ninguno es el beneficio que esas montoneras analfabetas derivan de su participación en las urnas; al paso que sí son evidentes los daños que irrogan al país, tanto porque se prestan para valorizar ciertos cacicazgos aldeanos que, por razones de número, le cierran el camino a las gentes más preparadas, como porque frecuentemente vienen a servir de agua lustral para que los altos politicantes se laven de responsabilidades, cada vez que incurren en pecado, con el socorrido apotegma de que "así lo quiere el pueblo soberano".

Por hábito rayano en instinto aquí parecieran haberse encariñado con los "reyes de la república"—don Ricardo y don Cleto;—pero esto, que pudiera interpretarse como un acto de beneplácito por los regímenes de paz y libertad que esos patriarcas conceden, no tiene, sin embargo, ningún arraigo ideológico, según lo declara el hecho de que también esas mismas masas han sido propicias al caudillaje en épocas de violencia. Por ejemplo, con espontaneidad que nadie podrá negar, hicieron en loor al fogoso caudillo del 27 de enero, la manifestación más grande que haya presenciado Costa Rica; y aquel "Viva Puriscal Peliquista" que vibraba como una Marsellesa, siguió atronando por nuestras campiñas, hasta que las mismas masas volvieron a conglomerarse, por miles, en las rúas capitalinas, para aclamar... a los guerrilleros nicaragüenses que venían contra Tinoco, y ceñirle así los laureles al General Estupinián!

Sobre una base tan deleznable, nuestra política no ha podido construir ninguna institución bien consolidada; y aquellas conquistas de que se ufanan los cantores de nuestra democracia, las disfruta el pueblo con carácter precario, como que son mercedes graciosas de éste o el otro gobernante y no bienes propios del mismo pueblo. Las elecciones no determinan un programa de vida o un principio ideológico, sino que se reducen a traducir meros sentimientos personalistas agitados por el interés o la ambición de camarilla. Salvo cuando se trata de reelecciones presidenciales, las montoneras van a comicios sin conocer de verdad a los postulados, sin darse cuenta de sus antecedentes y tendencias ciertas y, por consiguiente, sin haber podido presumir, siquiera, la calidad de labor que vayan a realizar en el gobierno. Y, sin embargo, esas montoneras ignaras, que no ven más allá de donde alcanzan las esquilas de su ermita, son las que tienen con sus votos, el desideratum de la República.

Y eso no es de ahora: hace precisamente cien años, los partidarios de don

Manuel Aguilar anduvieron a la greña con los de don Nicolás Ulloa por atraerse el favor de los centros civilizados del país y de los hombres de pro; pero todo fué estéril porque a última hora **los térrabas** resolvieron nombrar un elector disidente que vino, con artes de magia, a darle la Presidencia a don José Rafael Gallegos, que no tenía partido. Desde entonces, hasta 1913, cuando los duranistas y fernandistas estaban pendientes de las mesas de Talamanca y Boruca para poder determinar su situación; y hasta 1923, cuando los escrutinios de Guatuso parecían asunto de estado, siempre **los térrabas** han venido a tener en nuestra democracia un papel tan decisivo como el del Gran Elector de Sajonia en la vieja Confederación Germánica.

El sabio naturalista Darwin hallaba un grado diferencial mucho mayor entre el gentleman londinense y el caníbal africano, que entre este caníbal y un orangután. Con la misma pauta, todos tendrán que estar concordes en que aquí existe un grado diferencial tan marcado entre una María de Tinoco, una Amparo de Zeledón, una Adela Gargollo, una María Alfaro de Mata, una Rosario de Cordero, una Angela de Chacón, una Corina Rodríguez, una María Isabel Carvajal, una María Feo, una Auristela de Jiménez, una Celina Tinoco de Jiménez, una Esther de Mezerville, una Lilia Ramos,—¡es tan extensa la nómina!—y algunos de nuestros **térrabas,** como el que Darwin notara entre sus gentleman de Londres y el antropomorfo del Africa. Y, sin embargo,—oh contrasentido inaudito!—aquí "los térrabas" pueden decidir la suerte del país, en tanto que a aquellas perilustres damas no se las permite dar el voto.

El sufragio, repito, para que llene su alta finalidad política debe ser la resultancia de un proceso espiritual que responsabilice al sufragante con su conciencia, y con su patria; y, en tal virtud, lo que precisa es que sea emitido por personas de espíritu muy solvente, bien sean hombres o mujeres, ya que el alma no tiene sexo.

Resulta paradójico que a nuestras mujeres se las autorice para levantar tribunas, dirigir periódicos, organizar directivas, "arrear sufragantes" e intervenir directamente en todas las actividades políticas y que, en cambio, se las prohiba la inmisión de sus papeletas en la caja electoral. Se las tolera lo de más trascendencia, como son esas rudas faenas de la propaganda y se las priva de lo menos, que es, en el caso, la entrega del voto. Los sacerdotes están inhibidos para hacer política y, empero, sí pueden votar.

Por otra parte, conviene observar que si los ajetreos políticos y las labores docentes y las funciones administrativas y los ejercicios profesionales, que han venido ocupando a la mayoría de nuestras mujeres de pro, lejos de haber descoyuntado al hogar costarricense, o siquiera de relajar los imperativos que ellas tienen en el convivio doméstico, han logrado poner notas de idealismo práctico en el pentagrama de la vida femenil, no hay el menor fundamento para barruntar que el voto de ellas—siempre que sea dado por las más capacitadas y doctas—resulte dañoso para el buen orden de la sociedad.

El filósofo Leibnitz creía que Dios nos había colocado en el mejor de los mundos y del mejor modo posible. Nosotros no podremos creer eso de una democracia donde, a pesar de sus muchas virtudes, nadie puede todavía pretender cuerdamente la presidencialización de ningún ciudadano, por muy idóneo que sea, sin que se haga de previo no el balance de sus méritos, sino el balance de su Caja, puesto que, tras un siglo de "sufragio masculino" aun precisa el **argumentum-pecuniaris** para conmover a tantos "térrabas...!" Que venga, enhorabuena, el voto desinteresado y noble de la mujer, como una espada de Breno, a servir de contrapeso en la balanza electoral; y que el corazón beatífico de nuestras grandes ciudadanas sea iris de armonía en la vida de la república.

Muy agradecido de su deferencia, la saluda su cordial apreciador y amigo,

J. Fernández Montúfar

San José, 1.º de Junio de 1934.

Carta a mi biógrafo...

(Viene de la página 8)

Lamento no satisfacer a mis amigos en su deseo de que yo le dé a usted órdenes en la administración de su libro. No soy ni su socia, ni su directora. Usted quiere vender ese libro y hace para ello lo que puede.

Acuérdense ellos por azar de que la publicidad no ha de gustarle mucho a una que tiene cuatro libros suyos guardados sin que le falte editor. Acuérdense también de que la otra publicidad, la de mis viajes, me la acarrea la búsqueda del pan. Voy aquí y allá a dar clases (nadie vive de trecientas pesetas de una jubilación) y debo aceptar que los pueblos dispongan de mí como de persona llegada a ellos para servirlos. Mis banquetes son, de parte de las gentes, generosidad loca y de la mía agradecimiento cortés. En eso se resuelve mi fama. No confundo yo, mujer con la palabra por oficio, **fama** con **gloria** ni siquiera con **reputación.** Popularidad tengo, feísima ganancia, y ella—yo me lo sé—ensucia y mata la gloria pura. Multitudes nunca me buscaron y nunca las busqué; las tengo gratuitas y no las uso como los políticos para ninguna senaturía ni par su propio engaño. Pueblos tengo también, que es cosa mejor, y los quiero y los sirvo. Populista fuí siempre que no multitudista: Charles Peguy sabía lo que va de lo uno a lo otro. Mis amigos se lo averigüen por su cuenta. Errantismo vivo también y eso se llama **veleidad** mejor que **vanidad.** Es bella la tierra y el mar no se tiene en las costas. País de costas es el mío y el apoltronado que ni trepó su montaña ni causa su mar, será chino o liberio, chileno no es.

Usted, biógrafo de profesión, tenía entre ceja y ceja la decisión de hacer un libro sobre un chileno ajetreado; me eligió a mí como pudo coger, por llevado y traído, al general Ibáñez o al coronel Grove... No se me enoje; para el caso del nombre divulgado en los periódicos es lo mismo. Déjeme que haga algunas bromas: he despachado hoy legalizaciones y poderes y tengo la ironía fácil, y la ironía de mí, que me es gustosa y que usted no me conoce.

Sopórtese usted la corrida de vaqueta. Conmigo se la dan y usted puede consolarse sabiendo que yo tengo menos razón de hallarme en la manteadura...

Cariñoso saludo de su paisana y amiga que le quiere.

Gabriela Mistral

LA VIDA EN 1934

El punto de vista moderno

Por STEPHEN SPENDER

= Traducción y envío de *Enrique Espinoza*. Buenos Aires, Rep. Argentina. =

La revista "Everyman" está realizando una encuesta entre los jóvenes escritores ingleses, representativos de la nueva generación, para inquirir "el punto de vista moderno" en la vida, el arte, la política, la literatura y la música. Inicia la serie de respuestas el artículo de Stephen Spender que reproducimos a continuación. Stephen Spender es uno de los mejores exponentes del actual renacimiento poético inglés. Acaba de publicar su primer libro en Londres y colabora asiduamente en las grandes revistas de Nueva York.

He sido invitado a escribir este artículo para la serie del "Punto de vista moderno", así que empezaré explicando cuál es mi posición en el mundo económico actual para que los lectores de "Everyman"—que presumo son también modernos—puedan juzgar mi derecho al título de representativo.

Pertenezco a la reducida clase que hace el papel del villano en la escena contemporánea. Es decir, soy un rentista de modestos, aunque suficientes, recursos.

Cuando comprendí por primera vez que los rentistas son los parásitos de nuestro sistema económico, me sentí, al principio, confundido; pero luego más bien satisfecho de ser uno de ellos. Comprendí que de no ser rentista, me hubiera sido difícil realizar la obra que más me gustaba; pues lo que se llama "obra de imaginación" no encuentra recompensa, sobre todo, cuando el escritor es joven. Pero mientras celebraba mi propia suerte, comprendí también que sólo muy pocos de los colegas de mi generación, estaban en igual situación y que yo mismo recibía una renta no como producto de mi obra sino del más puro azar.

En el mundo contemporáneo, el dinero no crea poesía, pintura y arquitectura, que son los monumentos de una gran civilización. Tampoco mantiene a una aristocracia decorativa: tiende cada vez más hacia los bolsillos de ciertos individuos que sólo se distinguen por el hecho de poseer "habilidad comercial". Estos individuos son más codiciosos que Shylock, aunque carecen por completo de su imaginación. Su fracaso más grande (que constituye asimismo su ruina) se debe a que no tienen sentido del **poder.** Ningún hombre de negocios tiene poder en el sentido en que lo tenía un cardenal de la Iglesia romana en la época del Renacimiento. El poder de todos los financistas satisfechos de la "City" en conjunto apenas alcanza a superar el poder de un gobierno socialista minoritario.

———

La mayor parte de nuestra población vive en condiciones que son indecibles. A pesar de la enorme riqueza del mundo hay miseria y aglomeramiento. A pesar de las máquinas, los hombres y las mujeres están condenados a años de trabajos sin sentido, de los que se ven librados sólo por una enfermedad ocasional o si tienen más suerte, por diez día anuales de asueto. A pesar de todas las comodidades modernas, mucha gente de los suburbios no conoce el país ni el mundo en el que ha nacido y que constituye su herencia.

El joven ambicioso de hoy debe saber, ora se dedique a los negocios, ora a la ley, a la Iglesia o a la política, que no hay una posibilidad de poder en el mundo moderno. Es decir, para el hombre realmente ambicioso, no existe lo que se llama una ambición cumplida. Existen a centenares las parodias de poder y primeros ministros que se creen poderosos. Las parodias más evidentes son las de los dictadores. Pero Hitler y Mussolini no son verdaderamente poderosos. Primero, porque son las marionetas de los "grandes intereses" en sus propios países. Segundo, porque aun individualmente son anacrónicos y faltos de concepciones originales. Pero al vasto auditorio acostumbrado a los espectáculos y exhibiciones de toda clase, con la mirada puesta en Napoleón y César, le ofrecen una representación de lo que el público concibe que han sido los grandes hombres en el pasado.

———

Naturalmente, si no hay poder (excepto en el sentido de que Gran Bretaña es una potencia mundial) tampoco existe la fama. La única fama posible es la del artículo hábilmente anunciado: Bernard Shaw, por ejemplo, goza de una fama equivalente a la del Jabón Sunlight. El Jabón Sunlight blanquea la ropa, Bernardo Shaw escribe obras teatrales, usa ropa de lana y es vegetariano.

———

Estamos, por consiguiente, ante el espectáculo de una sociedad corrompida; una sociedad sin fe, sin una verdadera posición que ofrecer a sus miembros, sin un sistema económico justo, ni siquiera llevadero. Una ruidosa confusión apenas interrumpida por unos momentos de ciencia fecunda.

Se cierne sobre esta sociedad una perspectiva de barbarie. El Imperio Romano fué destruído por una invasión de bárbaros llegados de afuera. La civilización occidental será destruída, si no lo evitamos, por el triunfo de los bárbaros de adentro.

El arma de los bárbaros es la guerra. La guerra puede producirse de dos modos. Por el viejo camino diplomático de la Gran Guerra, a consecuencia de la ruptura de algún tratado en la Europa Central. O por el camino del fascismo adoptado por varios países que se lanzan a la degollina. Austria que ha sido durante mucho tiempo víctima de los intereses de tres fascismos opuestos—los fascistas de Dolifus-Starhemberg, los nazis y Mussolini—muestra hasta la evidencia que el fascismo es la forma más peligrosa de nacionalismo que el mundo ha conocido.

———

La salvación del mundo no reside en los gobiernos capitalistas, sino en la voluntad de la gente común. Quiéranlo o no los gobiernos parecen impelidos a continuar armándose: a este respecto son instrumentos de la Internacional secreta de los armamentos; y es preciso que sepamos que los barcos de guerra, los submarinos y los escuadrones aéreos **se construyen para ser usados,** de la misma manera que las máquinas a vapor. Quizás no sean usados por los gobiernos que los han construído; pero son suficientemente fuertes para aguardar la llegada de un gobierno nacionalista que los ponga en acción.

Y aquí es donde entra en escena el pueblo — **das Volk.** — Porque la guerra ofrece la coyuntura en que los intereses de los capitalistas y de los trabajadores aparecen realmente separados. La guerra es el internacionalismo resultante del llamado nacionalismo: es el internacionalismo de los intereses de los fabricantes de armamentos y de sus cien aliados en el comercio. Pero se puede afirmar en absoluto que no está en el interés del obrero británico matar al obrero francés o alemán. Porque los intereses de todos los trabajadores del mundo son esencialmente idénticos. En esto reside nuestra esperanza de paz. El arma con que los trabajadores pueden acabar con la guerra es la revolución.

"Mi Compadre", de Fernando González

Por ROMULO TOVAR

= Colaboración. San José, Costa Rica. Julio de 1934 =

Fernando González: *Mi Compadre*. Editoria Juventud. Barcelona, España. Abril de 1934.

El libro tiene por objeto hacernos una presentación de Juan Vicente Gómez de Venezuela. Aparentemente es un elogio, pero Fernando González, su autor, es psicoanalítico y cree en los fundamentos del subconsciente. Entonces el libro resulta una revelación de valores recónditos. Esta es la calamidad del subconsciente. Se hace una cosa y se está pensando en lo contrario. González hace un elogio de Gómez, pero en verdad, lo que nos ofrece es una curiosa documentación. El libro no le sirvió ni a González ni a Gómez, ni casi a nosotros. Dentro de cincuenta años servirá a quienes busquen datos para reconstruir la vida de Gómez. La verdad de ciertos hombres, de nuestro tipo de grande hombre no está toda ni en las alabanzas de los amigos ni en el vituperio de los enemigos. Lo uno y lo otro lo dicta la pasión. Los unos y los otros nos dan perspectivas falsas. Vemos al hombre demasiado enorme y desnaturalizado o lo vemos demasiado pequeño. Quien gobierna a un pueblo por más de treinta años no es demasiado pequeño aun cuando le falte grandeza intrínseca. No adelantamos nada. Establecemos un postulado histórico, tan sólo. González nos quiere hacer creer que Gómez es un ser superior, providencial. Uno de estos seres a quienes el destino conduce de la mano. Pero, al mismo tiempo, amontona anécdotas, expresiones, detalles, que proyectan sobre el espíritu otra figura. Aquí resulta lo humano de Gómez, lo que en éste hay de puro hombre. Casualmente leímos el libro de González cuando leíamos por curiosidad ilustrativa el mensaje del Presidente Gómez al Congreso de Venezuela. ¿Y tenía Congreso Venezuela? ¿Y se usaba allí el sistema republicano del mensaje anual, como en los Estados Unidos y como entre nosotros? Entre el mensaje del Presidente y el retrato de Gómez hay una pequeña diferencia de indumentaria. En aquél, el General Gómez es el General Presidente, y en el libro de González, Gómez es el Compadre: como confites, tiene 70 hijos, habla como si rajaran una tabla, dice "ajá" y otras cosas menudas. González se empeña en humanizar su figura y hasta usa un estilo seco, sin potencia imaginativa, desvestido de adornos. Llegó hasta la exageración: quiere usar un lenguaje que nada tiene que ver con el lenguaje oficial; lenguaje, más bien de amigos, lenguaje franco y desnudo, a veces chavacano, pero en el cual el hombre logra afirmar groseramente su propia personalidad. Ese lenguaje que es una protesta viva contra el otro, o los otros que deben usarse cuando se habla con damas o con diplomáticos. A nosotros nos resulta duro y grosero, por puro prejuicio social. Sin embargo, sabemos que Aristófanes dice las más grandes insolencias en sus comedias; sabemos que Las Mil y Una Noches contienen las expresiones más crudas; el poema lírico el Cantar, de los Cantares es de una realidad espantosa. Porque Fray Luis de León lo tradujo con cierta libertad fué por lo que lo castigó la Santa Inquisición, depuradora del idioma castellano como la Real Academia Española. A González lo castigaría la Santa Inquisición; estamos seguros de que jamás formará parte de la Academia y por el momento lo ha repudiado el mismo Gómez, quien es natural que quiera presentarse ante el mundo no como un hombre que come confites y juega gallos sino como el Presidente de la República de Venezuela.

Este libro tiene una lejana proximidad con las Confesiones de Clemenceau de Jean Martet. Tanto el uno como el otro se proponen sondear en la realidad compleja del hombre. Los dos hombres son, sin embargo, diferentes. Clemenceau es el hombre de Estado. González no nos presenta a Gómez como hombre de Estado. El hombre de Estado es ideólogo; representa siempre un sistema de cultura; se arraiga en la cultura tradicional de su propio país; se fundamenta en las formas de cultura del mundo. Hay que oír a Clemenceau hablando de Atenas. Su Demóstenes es un libro griego, genuinamente griego, y a través de sus páginas trasciende su alma. Pero ante todo Clemenceau es un ser humano. Como político, coincide en las mismas reglas de Gómez. Clemenceau dice: "Pero si alguna vez quiere usted hacer política, Martet, y llegar a algún resultado, no se enrede usted en cuestiones de simpatía". Una cosa parecida dice González del General Gómez: "Aprecia a los hombres, pero no los ama... Ha utilizado a los mejores de Venezuela, sin dejarse dominar por ellos un segundo". González no se propone hacer de su personaje un hombre de Estado. Sabe que le falta algo: le falta escuela. Por eso lo considera como una fatalidad llevada por el Destino, conducida por el Destino hacia la victoria: treinta años de poder. En treinta años ha domesticado a una república. Está bien, sin que sirva de ejemplo. ¿Por qué se ha dejado domesticar Venezuela por el General Gómez? Esto no lo dicen precisamente los jóvenes de Venezuela. Ellos no se sienten domesticados por el General Gómez. Fué la generación de politiqueros lo que él domesticó. Les puso freno a las revoluciones. Destruyó a todos sus enemigos. Después se ha puesto a hacer carreteras. La gloria de Gómez está en las carreteras. Es el país de las carreteras. Así fué Roma, un país de carreteras. Envolvió al mundo en una intrincada red de ellas. Pero Cicerón vale por todas las carreteras de Roma. Lo que persiste de un pueblo es su espíritu traducido por los mejores de sus hombres. Veamos, en resumen, cómo es el hombre de las carreteras venezolanas: "Sabe manejar ejércitos; sabe organizar un país; sabe del heroísmo; conoce a todos los hombres. Maneja médicos, dirige intrigas femeninas. Organiza Academias. Crea a los historiadores de Venezuela. Casa a sus soldados. Compra vacas y caballos. Funda fábricas. No ha estudiado en ninguna escuela. No ha salido de su país. Ni el Renacimiento presenta una figura semejante". Este es el retrato definitivo y entusiasta que hace González del General Gómez. Porque compra vacas y caballos es un hombre del Renacimiento.

No lo creemos. Gómez es el tipo suramericano de político militar que hace de las repúblicas un trasunto de la antigua colonia. Gobierna con sistema colonial. Esto es definitivo. Casi se acerca al Señor Feudal. La República, es un inmen-

so feudo cruzado por carreteras. En él se juega a la República: hay congreso, hay prensa; hay gaceta oficial. Pero la última palabra la dice el Señor Feudal. No se quiere decir que sean palabras insensatas. A veces insinúa cosas discretas, pero en forma de señorío feudal. El y sólo él es la opinión pública de Venezuela. Cuando lo de la guerra europea, Gómez tenía admiración por el Kaiser. Dice: "Aquí todos querían que Venezuela se decidiera. Yo fuí el que no quiso y yo solo lo resolví, para poder decir que yo era el único responsable". En un pleito con Francia en el cual el Ministro francés reclamaba cuarenta millones, dice Gómez: "Mándenme al señor Ministro, que él y yo nos entenderemos como militares". Otro día le dice al Nuncio: "Vea, señor Nuncio, dígale al Papa que he pensado no firmar ese Concordato, porque mejor es que él mande por allá y yo por aquí".

Su idea de gobierno resulta, pues, elementalísima. Es la del capataz de una gran finca. Trabajar, señores. El principio no es malo; el procedimiento es el que resulta pueril. Su concepto del venezolano es el de ser éste un vago. Hay que ponerlo a trabajar en las carreteras: "Con los vagos hice las carreteras". Tiene un colegio para educar a los vagos. Es pura política colonial de sentido materialista. Cuando se muera Gómez en Venezuela todos los hombres sabrán trabajar. Pero Gómez no puede morirse. He aquí la otra idea larvaria de estos hombres-fatalidad a quienes el Destino lleva de la mano. Creerse providenciales. Dios los hace para que gobiernen a su pueblo. "Dios no quiere que yo muera". Ponen el ciego impulso providencial como fuerza colectiva. Hay que proceder con este ciego impulso. Y lo llegan a creer. Gómez cree en el pacto con la divinidad. Se cree iluminado, con poderes adivinatorios, con potencia intuitiva, como una fuerza de la naturaleza. Por eso, los hombres—no los jóvenes de Venezuela—ceden a la grandeza del mandatario. Sólo el mandatario es grande y sólo él es el hombre. Las virtudes sociales las concentra él; los dones de la inteligencia, sólo él los posee. González, en un grito subconsciente lo llama el poeta, el orador, el conversador emocionante, el que da fuerza emotiva a la historia. Los hombres inferiores caen rendidos a sus pies, como "El Hermafrodita dormido". Pero el libro es contradictorio y por eso es curioso. La grandeza epónima del General Gómez, la cual no encuentra paralelo sino en la grandeza mártir de Bolívar, es puramente imaginaria en González. Lo mejor del libro es todo aquello en que Gómez es el Compadre. Hay una página que concentra todo este interés. Gómez había llevado a su futuro Plutarco a La Puerta, donde fracasaron todos los Libertadores, donde derrotaron a Bolívar, y hablaba el General: "Oiga como fué aquello... Ajá. No ve. Por allá entró Bolívar...; por aquella cañada atacó Páez..." Gómez ha levantado un monumento a Bolívar en La Puerta. "Qué bien se ve a Bolívar allá!—siguió diciendo—contra el cielo azul". Pasó por allí una mula vieja, y dejando el elogio de Bolívar, el General Gómez se volvió a Pimental y le dijo: "Como esa es que quiero venderle mil a mi compadre".

Es lo subconsciente de que habla el mismo González. Por eso el libro es documental. Servirá en el futuro. Al grande hombre que quiso reflejar el autor en la conciencia primaria de América para hacerle creer que éste es el tipo de gobernante necesario, nos lo presenta en la última escena en la gallera. Allí está Juan Vicente Gómez: "Gómez casi no habla. Está vestido como siempre: Polainas, chaqueta y pantalones color café oscuro... Gómez masca confites fríamente".

No tengan miedo de leer el libro. No deja esa vibración de emotividad varonil que se siente cuando acaban de leerse las Confesiones de Clemenceau. Clemenceau, hombre, visita el Cementerio de Colombier. Allí está su sepulcro. Martet, dice: "Me quito el sombrero. M. Clemenceau me da con el codo:

—No se descubra.

Después, mostrándome "su sepultura":

—¿Ha visto usted? Tal es la conclusión de todo lo que escriba usted de mí: un hoyo, y mucho ruido para nada".

Es interesante González con su estilo que propende a ser dinámico, pero que es simplemente nervioso. No deja una imagen firme y de relieve. No salva a su héroe. Lo compromete en extremo. Lo analiza como en una especie de sesión hipnótica. Lo descubre y finalmente lo destruye. Exactamente como procede la escuela freudiana. Hacer derivar los superiores impulsos del destino de un grande hombre—menos mal cuando efectivamente es un grande hombre—de complexos primitivos a veces, todos ellos del complexo de inferioridad que hace que un hombre proceda, para defenderse y definirse, no bajo el impulso de una razón viva, ordenada y fuerte, sino bajo el impulso ciego de lo que hay en cada un ode primitivo y aun de selvático.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ₡ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Rafael Estrada

= *Envió del autor* =



Rafael Estrada

(Visto por *Noé Solano*)

Sé que es una majadería ubicar al artista dentro del círculo vicioso de un "ismo" para poder hablar de su obra. Pero en el caso de Rafael Estrada no queda otro recurso que proceder así. Este poeta costarricense—que el 28 de diciembre de 1933 puso voluntariamente punto final a su vida—fué en su país el introductor de la llamada "literatura de vanguardia"; y es, por consiguiente, dentro de esta nueva retórica que debe ficharse su poesía.

Recordemos sucintamente cuál era el ambiente literario de Costa Rica, cuando Rafael Estrada hízose presente con su primer libro de poemas ("Huellas", 1923). No había crítica responsable: no existían periódicos ni revistas literarias; se ignoraban por completo las nuevas tendencias artísticas de la post-guerra; pero en cambio rendíase culto a fetiches retóricos (ripio, sonsonete) como el profesor de literatura don Rogelio Sotela y a Carlomagno Araya — retardado mental y falsificador sin escrúpulos del arte vernáculo de Lisímaco Chavarría — quienes usufructuaban orondamente y con empecinada megalomanía, la paradójica solvencia literaria que otorga un público sin inquietudes estéticas, hasta haber logrado desplazar a un poeta de la talla de "Billo" Zeledón, el viril cantor de las rebeldías sociales, y relegar a segundo término a Carlos Luis Sáenz, cuyo lirismo sencillo y diáfano acredita un temperamento de elevada vocación artística. En tal ambiente, donde la mixtificación, la mediocridad y el arrivismo eran credenciales de dignidad literaria, la presencia de un poeta de la envergadura de Rafael Estrada, paladín de nuevas estéticas, a la fuerza tenía que suscitar la más sórdida y solapada de las acogidas: cuando no el silencio ubicuo, la alharaca de los gansos asustados.

En realidad "Huellas" no era sino un vacilante intento de excursión por los laberintos retóricos que ya en Europa habíanse llenado de polvo de desprestigio; pero que en América tenían carácter de novedad...

Rafael Estrada, que como poeta tenía la obligación única de darnos su mensaje lírico, se vió en la necesidad perentoria —ante la supina ignorancia de sus coterráneos—de ponerse a explicar los problemas estéticos bajo cuyo signo nacía su poesía. Y lo grave fué que al asumir el rol del teórico terminó por subordinar su poesía a determinada modalidad retórica. Este sectarismo no le permitió alcanzar la plenitud de expresión — o mejor dicho, lo inhibió de hallarse a sí mismo—en la medida de que su numen parecía capaz. Es que fatalmente los trucos literarios escamotean al poeta el mensaje con que viene predestinado al mundo. Por lo demás, sabido es que los "ismos" han anulado a los mejores poetas jóvenes de nuestro tiempo

Asimismo, en vano fué que Rafael Estrada se empeñara en hacerse comprender, por medio de explicaciones "racionales", de sus gentes, y que les demostrara que sus poemas no eran lucubraciones disparatadas sino que tenían antecedentes clásicos en los "modernistas". En vista de lo cual no le quedó otro camino que valerse de la burla; así, en su segundo libro "Viajes Sentimentales", urdió la más linda tomadura de pelo: entremezcló con sus propios versos algunos "definitivos" de Juan Ramón Jiménez. Nadie olisqueó la sutil burla; y, como indefectiblemente tenía que suceder, llovieron los brulotes para Estrada y Jiménez, indistintamente. Esto da una idea más cabal del medio en que luchó Rafael Estrada.

Y no obstante estas amargas preocupaciones, estas sordas luchas contra la ignorancia y la mediocridad, que tanto desgastan el ánimo, Rafael Estrada, fiel a su vocación, siguió trabajando fervorosamente su obra, y en 1929 publicó su tercer libro, "Canciones y Ensayos", cosecha de cuajada madurez. Estimo que este volumen es lo más definitivo que, en lo que respecta a poesía nueva, se ha publicado hasta ahora en Centroamérica.

El silencio que se ha hecho al rededor de la muerte de Rafael Estrada, hace pensar que Costa Rica—que en estos últimos tiempos y gracias a la presencia de Francisco Amighetti daba la impresión de haber evolucionado—sigue en el limbo del atraso y continúan usufructuando categoría literaria los mismos cretinos de siempre.

Eduardo Uribe

Buenos Aires, 1934.

Imprenta «LA TRIBUNA»